

Homenaje a Guillermo Brown

1857 – 3 de marzo – 2016

Casa Amarilla

El 3 de marzo pasado se realizó un acto en Casa Amarilla conmemorando el 159º aniversario del fallecimiento del Almirante Guillermo Brown. En esa oportunidad hicieron uso de la palabra el Jefe de Estado Mayor General de la Armada y la profesora Emilia Menotti, Presidente del Instituto Nacional Browniano. Publicamos aquí este último discurso. El del Jefe de Estado Mayor fue publicado en Gaceta Marinera.

Hay fuerzas internas que obran como estímulo en el espíritu del hombre. Son aquéllas que nacen en lo profundo de la personalidad, con capacidad para ennoblecer la figura de quien las siente bullir y actúa, acuciado por ellas, por el sentido de la libertad, la justicia y la verdad.

Y a través de la Historia, componente sustancial de la memoria colectiva que nos permite interpretar e interpelar el pasado, se proyecta la presencia de los referentes que han contribuido a modelar una identidad nacional, afirmando las bases fundadoras del Estado y transfiriendo a las generaciones futuras, la herencia invaluable de sus virtudes, entrega al deber y recta moral ciudadana.

Sarmiento definió con claridad el germen inspirador de los defensores de la causa continental: *“Una América toda. Asilo de los dioses todos. Con lengua, tierra y ríos libres para todos”*.

Honramos hoy, en un nuevo aniversario de su fallecimiento la figura de Guillermo Brown, cuya existencia transcurrió entre etapas fundamentales de nuestra historia desde los días tempranos del despertar redentor, hasta la culminación de un proceso que fijó las normas constitucionales que debían regir en el Estado Nacional.

Las circunstancias que signaron su vida y los actos que protagonizó, evidencian los elementos esenciales de un ser íntegro y admirable que, con su epopeya, abrió la iniciativa en el mar.

Irlandés de origen, el linaje de los celtas que habían padecido sufrimientos y persecuciones sin renunciar a una vocación libertaria, prevaleció en Brown, legatario de esa tradición ancestral cuyo culto a San

Patricio infundió a su carácter fortaleza, tolerancia, comprensión y una solidez moral incorruptible.

Brown fue esencialmente un marino; un conductor. Tenía los atributos de un auténtico jefe, con un dominio especial de esa función rectora de orientación y gobierno.

Las acciones bélicas que protagonizó fueron claro ejemplo de la firmeza de sus decisiones, la capacidad para el mando y el ascendiente sobre sus subordinados.

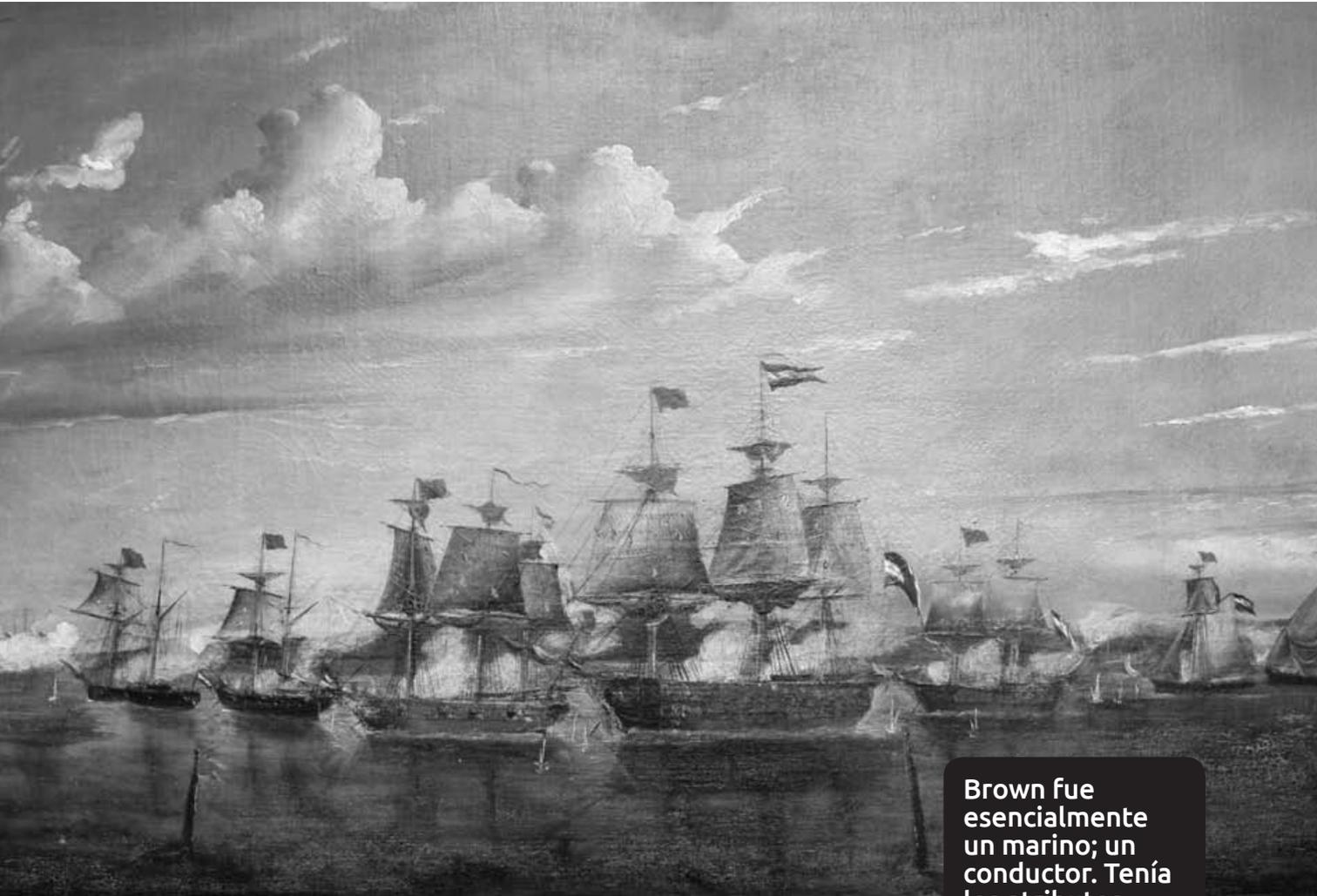
Obtuvo victorias frente a fuerzas navales que lo superaban en número y armamento. Con sus *“leños flotantes”*; según la calificación de Mitre, en una campaña que duró poco más de 2 meses, asumió la defensa del Plata y los ríos interiores.

El 15 de marzo de 1814 triunfó en Martín García, en una acción que abrió el camino a la victoria naval en Montevideo, el 17 de mayo.

“A partir de ese momento, los españoles abandonaron todo pensamiento de ulterior esfuerzo por mar”, escribió Brown en sus Memorias, quien pudo agregar con justicia: *“Y así se salvó el Río de la Plata”*.

El 12 de mayo de 1960, por Decreto N° 5304 se instituyó el 17 de mayo como *“Día de la Armada Nacional”*, *“en reconocimiento a una fecha gloriosa en los fastos nacionales de la República”* que *“consolidó los principios de la Revolución de Mayo con la terminante victoria naval de Montevideo”*.

La hazaña de Guillermo Brown se convirtió en un punto clave en los teatros de guerra de la América Meridional, porque comenzó a forjarse con caracte-



Brown fue esencialmente un marino; un conductor. Tenía los atributos de un auténtico jefe, con un dominio especial de esa función rectora de orientación y gobierno.

rísticas bien definidas la mentalidad naval expresada por José de San Martín en su Plan Continental, con el fin de lograr la libertad para los protagonistas de la épica gestación de las nuevas nacionalidades.

Y Guillermo Brown llevó a los pueblos del Pacífico con su campaña corsaria de 1815-1816, el ideario de libertades civiles y de igualdad social. Los habitantes de la costa chilena, El Callao, Guayaquil Buenaventura, fueron testigos de ese ambicioso proyecto: hostilizar al enemigo y alentar cualquier tentativa revolucionaria de los patriotas.

El contenido de la nota de Brown a Fernández Madrid, presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada y al gobernador de Pamplona asume vida y se convierte en ordenador profético de su vocación emancipadora americanista: *“Nada resulta más agradable, así en los tiempos presentes como en los venideros, que saber que yo haya contribuido en algo*

por mi parte, a obtener un objeto tan deseable como la entera independencia de la América del Sur”.

En este año del bicentenario de la proclamación de la independencia por el Congreso de Tucumán, debemos resaltar la coincidencia de los términos de Brown con los postulados de aquella magna Asamblea al declarar la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sur.

Simón Bolívar, al referirse al Río de la Plata en 1816 y 1817, decía: *“el pueblo independiente de la América del Sur”.*

Pese a la gloria que rodeaba su figura, Brown, como todo hombre público, no pudo sustraerse al asedio y la incompreensión de sus contemporáneos.

Superó agravios, a los que respondió con cristiana conducta y, cuando la guerra con Brasil requirió su participación, sin espíritu de revancha, aceptó ponerse nuevamente al frente de una flota para defender el honor nacional.

El conflicto puso a prueba el temple y las condiciones tácticas y estratégicas de Brown.

Todo debía hacerse y todo se hizo. Estructuró una escuadra que resguardó la causa de la justicia y la soberanía republicanas, enfrentando a una fuerza que lo superaba en proporción de 3 a 1.

Los Pozos, Quilmes, Juncal, fueron victorias de quien prefería *“irse a pique antes de rendir el pabellón”*.

Significativa es la despedida que dirigió Bernardino Rivadavia al renunciar a la presidencia, a los marinos de la Escuadra Nacional, como digno reconocimiento a su aporte a la organización del país.

“A vosotros, a vuestro invicto Almirante, se debe el terror que inspira el pabellón argentino a los que osaron llamarse dominadores del Río de la Plata” (...) *“En vuestro valor libra la Nación la ventura de su porvenir”*.

Guillermo Brown, el hombre que desde la popa de su nave insignia comandaba acciones navales, finalizada la guerra y ante la división de la población en bandos políticos duramente enfrentados, fue convocado por Lavalle para desempeñar el cargo de Gobernador Delegado de la Provincia de Buenos Aires.

Cumplió fugazmente esta designación basada en su intachable conducta y acendrada honradez.

Sin duda, el apoyo a su nombramiento y el reconocimiento *“por sus señalados servicios”* que expresó el general San Martín, pudieron constituir un aliciente para el bravo marino.

Brown, quien había aceptado el cargo tras vencer íntimas resistencias, con hidalguía evitó involucrarse en las pasiones banderizas que escindían a la sociedad, en sectores irreconciliables.

Actuó por encima de ideologías y así escribió a Rosas no en su carácter de autoridad sino como amigo: *“Debemos evitar la efusión de sangre entre hermanos*

que sólo deben abrazarse, olvidar el pasado y rogar al Todopoderoso para que jamás aparezcan entre nosotros las calamidades de la Guerra Civil”.

Como San Martín, rechazó el vendaval de esas luchas civiles, porque preveía que podían dismantelar la anhelada unión de los argentinos.

El pueblo legitimó su conducta brindando su afecto y reverencia al ciudadano probo que tan sólo aspiraba a *“respetar sus derechos y conservar la gloria y el renombre del Gran Pueblo Argentino”*.

En su breve mandato, 148 días, evidenció sus principios humanitarios, ya que intentó apaciguar desavenencias; procuró en vano suspender el fusilamiento de Manuel Dorrego, su amigo a quien no abandonó, pero chocó contra escollos que trabaron su accionar.

Brown creyó cumplida su tarea y renunció al cargo expresando con autenticidad republicana: *“V.E. y todo ciudadano tienen pruebas auténticas de que cuando fue necesario combatir a los enemigos de la República he llenado los deberes del soldado y nunca he evitado fatigas ni peligros”* y agregaba: *“la capital requiere un gobernador más hábil y yo sin rubor confieso mi incapacidad para ese propósito”*.

Se refugió en la tranquilidad que le ofrecía su *“Kinta Barraqueña”*, junto a su abnegada esposa Elizabeth Chitty y sus hijos, pero no vaciló en dejar ese recoleto albergue y armar la Escuadra de la Confederación para oponerse a los intereses de potencias extranjeras que agitaban las aguas del Plata.

Recuperar una flota que había sido dismantelada, fue para Brown faena, arquitectura, empeño y labor orgánica.

El hombre que según José Garibaldi *“tenía el justo título de primer celebridad marítima de la América Meridional”*, volvería a lucir su uniforme identificador para dirigir la batalla desde un punto visible y vulnerable.

Quizás sólo le faltaba como dijera Cicerón *“imitar a los gladiadores valientes y tratar como ellos de morir bien”*.

A los 64 años, el aguerrido Almirante reverdecía los laureles de las guerras de la independencia y del Brasil, al servicio de la insignia celeste y blanca que tremolaba en el pico del mesana.

Fue su último aporte militar. Defensor del pabellón nacional por más de 33 años, consideró que su carrera naval había concluido.

En su digna vejez, lo rodeó el cariño de sus contemporáneos, quienes valoraron su voluntad siempre erguida y sus sólidos principios, virtudes esenciales que lo convierten en paradigma para las generaciones presentes y las del porvenir.

En la intimidad de su hogar, junto a los seres queridos, encontró la paz y el descanso.

Murió en su hospitalaria Casa Amarilla, arropado por el respeto de gobernantes y gobernados porque en Brown se conjugaban la vocación con la fe; el deber con la laboriosidad y la honradez con el señorío de su espíritu.

La apasionante trayectoria de Guillermo Brown contribuyó a crear la Armada Argentina, institución que honra a la Nación y cuya ejecutoria se manifiesta *“con la aguja del compás marcando el rumbo del ideal heredado de los grandes próceres de una patria libre, generosa, fuerte y unida como ellos la soñaron”*, según palabras del almirante Humberto Burzio.

Nuestra fuerza naval, con voluntad, organización, capacidad y disciplina, abordó tareas indispensables en áreas fundamentales para impulsar el desarrollo, la integración y la prosperidad de la Nación en toda su amplia geografía.

La República Argentina exhibe una particular conformación hemisférica cuyos dilatados espacios oceánicos expresan la clara hegemonía de la superficie marítima en relación con el área terrestre.

Sin embargo, han gravitado la falta de una arraigada conciencia naval y el desconocimiento de los importantes intereses marítimos que son una vía ligada al progreso de los pueblos y de las figuras emblemáticas tanto en la guerra como en la paz.

Si el hombre es el gran heredero, como expresó Ortega y Gasset, los marinos de nuestra armada heredaron y mantienen enhiesta la bandera de la hidalguía y patriotismo de quien ajustó su vida pública y privada, con rigor obstinado, a normas éticas y morales.

Brown figura con honor en el podio de nuestro procerato porque se sitúa entre los que plasmaron, con sus manos y con su talento, el destino de un



Brown fue esencialmente un marino; un conductor. Tenía los atributos de un auténtico jefe, con un dominio especial de esa función rectora de orientación y gobierno.

pueblo desbrozando, en los años de lucha, el incierto camino.

El Departamento de Estudios Históricos Navales y el Instituto Nacional Browniano consideran imprescindible acrecentar el estudio y difusión de las acciones éticas y humanitarias de la fuerza naval, profundizando la convicción de pertenecer a una nación marinera.

Afirmarnos en esa convicción será un sincero homenaje a Brown que, sin haber nacido en un suelo que no fue su *“terra Patrum”*, compartió su destino nacional y pudo decir, con absoluta autoridad a los alumnos del Colegio de Ciencias Morales, al entregar la bandera de Los Pozos a su Rector: *“Ruego quiera mostrar a los jóvenes educandos la bandera con que han sido premiados los sentimientos que abrigo para este país (...) para que se estimulen en el cumplimiento de sus deberes y se exciten en ser eternos defensores de la libertad e independencia de esta nación generosa y liberal”*.

Palabras que simbolizan el pedestal de su gloria y de su eterna vigencia. ■